Apócope de los nombres propios y acumulación de fórmulas sociales en su presentación:

> «El, cualquier mañana se levanta y se pone: Tú, Dina (Dina es Claudina), ¿sabe? Pero hace así de bonito, Dina, Dina... De siempre» *(ATB,* pág. 72).
>
> «Oiga, dígale usted a ésa; cómo se llama ésa: ah, sí, Margarita, pues Margarita, señorita doña Margarita» *(ATB,* pág. 50).

Formas estereotipadas, auténticos imperativos morfológicos, que cumplen la función de interjecciones y que constituyen «muletillas» de lenguaje en la sociedad de hoy.

> «Oiga, no me diga; mira, rica; vamos, hombre; pues, sí, señor, sí; ya lo sé», son formulaciones de frecuente uso y que sirven para introducirnos en la narración.

Y, asimismo, la distorsión de la sintaxis tradicional, incorporando lo coloquial como elemento aglutinante y el empleo de palabras nada «bellas» en sentido tradicional.

> «Sí, sí, y me acaricia, me sigue paseando su sonrisa por encima, tibia y vecina; qué importa que ya no haya tranvías, que hace mucho tiempo que los han quitado, y todos: Carmela, qué dices, cómo largas esas *chorradas;* el que ha entrado no es quien tú esperas, sino el huésped (¿se da cuenta?, el huésped, un representante de electrodomésticos). No hay *pipa* que valga. Huele a gas, que está el hornillo estropeado y nos vamos a atufar...» *(El mundo puede ser nuestro,* pág. 176).

Y para terminar, retomamos lo que ya en diversas ocasiones se ha dicho aplicándolo al realismo español: «Este tomar como materia prima del arte la realidad inmediata, no sólo en su aspecto físico y externo, sino también en lo moral y humano, es la base del llamado realismo español, concepto engañoso que va, estéticamente, mucho más lejos que una pura reproducción de lo aparente».—*JESUS SANCHEZ LOBATO. (Virgen del Coro, 20, 4.º-1. MADRID, 27.)*

LA UNIFICACION EUROPEA: MALOGRO DE UN IDEAL ORTEGUIANO

Los aciertos intelectuales de Ortega son de una trascendencia indiscutible y muchos de sus conceptos, elaborados hace decenios, siguen imponiéndose no sólo por el prestigio del gran pensador español, sino también por la fuerza de la realidad misma. Así como un solo ejemplo,

la visión casi apocalíptica de las masas sigue siendo el tema de una polémica apasionada. Cito las palabras de Henry Fairlie en su libro, salido hace unos meses, *The Spoiled Child of the Western World:* «It is half a century since Ortega y Gasset described *The revolt of the masses* and, although it has often been challenged, the theme has entered deeply into the imagination of our time. It was not, of course, only his theme; but he save it an expression that was more complicated and penetrating than did anyone else» [1]. Como todo verdadero filósofo, Ortega tenía mucho de profeta (y hasta decía que sin la dimensión profética no se podía hacer frente al cariz de los problemas contemporáneos). Con razón, Julián Marías le ha llamado alguna vez «filósofo de la segunda mitad del siglo XX».

Pero aunque profeta con respecto a tantas cosas de hoy, Ortega no fue nada místico. Sus visiones surgen de la realidad y su filosofía se arraiga en lo posible. No se cansa de repetir de una u otra manera que el hombre no tiene más remedio que arrimarse a las cosas de este mundo tal como es, y no como debe ser. Por tanto, no cabe otra perspectiva del mundo que la de su propia vida. Pero si tal fórmula supone formidables limitaciones, también ofrece fabulosas posibilidades de enriquecimiento filosófico. El mundo real, el de aquí y ahora, supera con mucho cualquier mundo imaginario. De ahí la honda preocupación de Ortega por las cosas mundanas, incluso la política, e incluso, desde luego, la unificación de Europa.

Sin embargo, no todas las visiones de Ortega se han realizado, y hay que confesar que precisamente ésta, la unificación de Europa, se ha malogrado. Lo cual no quiere decir que en su hora la unificación no fuera una posibilidad, hasta una probabilidad. Lo era, y más que un mero esquema abstracto o ideal, era ya hasta cierto punto una realidad. Conviene tener presente lo que decía Ortega hacia 1930: «Si hoy hiciésemos balance de nuestro contenido mental—opiniones, normas, deseos, presunciones—, notaríamos que la mayor parte de todo eso no viene al francés de su Francia ni al español de su España, sino del fondo común europeo. Hoy, en efecto, pesa mucho más en cada uno de nosotros lo que tiene de europeo que su porción diferencial de francés, español, etc.» [2]. Y en otro lugar observa: «Este enjambre de pueblos occidentales que partió a volar sobre la historia desde las ruinas del mundo antiguo se ha caracterizado siempre por una forma dual de vida. Pues ha acontecido que, conforme cada uno iba formando su genio peculiar, entre ellos o sobre ellos se iba creando un repertorio

[1] Lleva como subtítulo: *The miscarriage of the American Idea in our Time* (Doubleday & Co., 1976), pág. 191.

[2] José Ortega y Gasset, *Obras completas,* 11 vols. (Madrid, 1961-69), IV, 271. (Las demás citas de Ortega se refieren a las *Obras completas.)*

común de ideas, maneras y entusiasmos» [3]. No era cuestión de crear una estructura supranacional a base de esquemas puramente abstractos, sino de realizar el substrato de usos y vigencias que desde el principio había ido formando una sociedad *europea.* Pero a diferencia de una realidad a la que se llega, Europa es un punto del que se parte en busca de la unificación a otro nivel histórico.

No hace falta aquí entrar en el detalle del europeísmo orteguiano con tal que se tenga presente que al abogar por la unificación, Ortega está lejos de ninguna fórmula monolítica de la cultura. En uno de sus últimos ensayos («Apuntes sobre una educación para el futuro» [1953]) dice: «Es insensato poner la vida europea a una sola carta, a un solo tipo de hombre, a una idéntica 'situación'. Evitar esto ha sido el secreto acierto de Europa hasta el día, y la conciencia de ese secreto es la que, clara o balbuciente, ha movido siempre los labios del perenne liberalismo europeo. En esa conciencia se reconoce a sí misma como valor positivo, como bien y no como mal, la pluralidad continental» [4].

Hasta ahora se ve que el espíritu europeizante de Ortega es un afán de inclusión. Defiende la pluralidad como repertorio formal de posibilidades para el enriquecimiento de la civilización europea; y al exponer los méritos de la gran sociedad pluricultural, censura todo conato de nacionalismo exclusivista. Sin embargo, hay una serie de salvedades que hace falta señalar en el concepto inclusivista de Ortega porque tienen que ver tal vez con el malogro del ideal de la unificación. En primer lugar, al hablar de Europa, Ortega se limita formalmente a la Europa occidental. En 1934 decía: «Ya han hablado demasiado de las tres capitales que forman el Oriente europeo, confuso y bárbaro en política: Moscú, Roma, Berlín. Frente a ellas deseamos que prevalezca la vertical de la Europa auténtica, de la Europa occidental, atlántica, formada por Londres, París, Madrid» [5]. Esto quiere decir que tanto América como la Europa oriental son áreas periféricas con respeto a los países occidentales. Y efectivamente el pasaje siguiente es revelador: «Nueva York y Moscú no son nada nuevo con respecto a Europa. Son uno y otro dos parcelas del mandamiento europeo que, al disociarse del resto, han perdido su sentido. En rigor, da grima hablar de Nueva York y de Moscú. Porque uno no sabe con plenitud lo que son: sólo sabe que ni sobre uno ni sobre otro se han dicho aún palabras decisivas» [6].

Pasando al orden interno de Europa, se ve que para Ortega consiste formalmente en un repertorio de instituciones y vigencias de origen

[3] *Obras,* IV, 118.
[4] *Obras,* IX, 697.
[5] Citado por Luis Recaséns Siches, «Sociología, filosofía social y política», *Cuadernos Americanos,* III (enero-abril 1956), págs. 118-19.
[6] *Obras,* IV, 239-40.

romano y germánico. Y dice que en las regiones donde no predominaron históricamente ambos pueblos, difícilmente logra cundir el verdadero europeísmo. En términos más precisos, dice Ortega que donde no llegó el viejo liberalismo germánico no llegó Europa. Lo cual quiere decir que no cabe consustanciar el cristianismo con Europa. Nunca fue principio de su civilización, ya que fue incorporado en otras culturas ajenas a la europea [7].

Pero no es cuestión de una simple diferencia entre Europa y otras culturas. Se trata más bien de una jerarquía, o para decirlo más taxativamente, de un orden de superioridad-inferioridad. Entre Europa y el resto del mundo existe—o por lo menos existía históricamente—la misma relación que rige la sociedad en su estructura fundamental, que es de minorías y masas. No se trata de otra cosa en la segunda parte de *La rebelión de las masas* al preguntar ¿quién manda en el mundo? El que no mande nadie, y lo que es más, que no haya nadie capaz de hacerlo, es, de acuerdo con Ortega, motivo de una desmoralización mundial. «¿Qué resulta? Europa había creado un sistema de normas cuya eficacia y fertilidad han demostrado los siglos. Esas normas no son, ni mucho menos, las mejores posibles. Pero son, sin duda, definitivas mientras no existan o se columbren otras. Para superarlas es inexcusable parir otras. Ahora los pueblos-masa han resuelto dar por caducado aquel sistema de normas que es la civilización europea, pero como son incapaces de crear otro, no saben qué hacer, y para llenar el tiempo se entregan a la cabriola» [8].

Para Ortega la Europa desmoralizada e insegura de sí misma es un tipo de interregno, una fase provisional entre la Europa que fue y la que va a ser. Lo cual pone en evidencia cierto optimismo de Ortega al respeto por los años veinte. (Mejor dicho quizá, su actitud sería la de «esperanza inquieta», para usar una expresión de Julián Marías.) Son innegables los peligros que acechan la Europa soñada: la hipertrofia del Estado (el peligro máximo que vislumbra Ortega), el nacionalismo recrudescente, el fascismo, los elementos reaccionarios y sobre todo el comunismo. Y, sin embargo, queda no ya como mera posibilidad eventual la unificación europea, sino que se presenta como única salvación impuesta por condiciones históricas: «Sólo la decisión de construir una gran nación con el grupo de los pueblos continentales volvería a entonar la pulsación de Europa. Volvería ésta a creer en sí misma, y automáticamente a exigirse mucho, a disciplinarse» [9].

Años más tarde Ortega había de volver sobre el tema, pero esta vez

[7] Véase *Obras*, IX, 662; también *Obras*, III, 179.
[8] *Obras*, IV, 238.
[9] *Obras*, IV, 273.

con un tono mucho más pesimista. En 1954 admite: «No creo que las líneas generales del colectivismo puedan ser ni evitadas ni modificadas en grado suficiente, pero sí es posible salvar dentro de ellas ciertas formas de vida, de actuación individual, y el intentarlo sería el papel histórico de las profesiones liberales» [10].

Entre los años veinte y los cincuenta, para bien o para mal, el ideal de unificación fue frustrado, desde luego por factores ajenos en su mayoría al pensamiento de Ortega. Citemos unos cuantos. De entrada, las guerras, sobre todo la segunda mundial. Esta acabó con el equilibrio de poderes, el llamado *balance of power,* de modo que el viejo sistema de tensiones europeas fue sustituido por la confrontación de los grandes bloques oriental y occidental, encabezados respectivamente por la Unión Soviética y los Estados Unidos. Europa quedó supeditada a fines e intereses ajenos a lo que hubiera sido su destino, y lejos de mandar en el mundo, como quería Ortega, pasó a ser dominada.

Otro factor negativo en el desmoronamiento del ideal de una federación europea ha sido el nacionalismo introvertido, cuyo mejor (o peor) ejemplo fue De Gaulle [11]. A diferencia del espíritu nacionalizador, el que produjo en su hora las naciones de Europa, el espíritu nacionalista surge, de acuerdo con Ortega, de cierta antipatía mutua entre los países. Dice textualmente: «Hoy ningún pueblo admira a otro; por el contrario, se toma a mal y reprueba toda pecularidad del otro pueblo, desde la manera de moverse hasta su modo de escribir y de pensar. Este hecho significa que el 'nacionalismo hacia fuera' se ha transformado en un acobardado 'nacionalismo hacia dentro', o para usar una feliz expresión francesa, en un *nationalisme rentré*» [12].

A pesar de todo, ha habido conatos de unificación, como si Europa fuera siguiendo la línea ya irreal de su destino. Pero el más celebrado, el Mercado Común, nunca ha rebasado la esfera económica. En el caso de la Sociedad de Naciones y las Naciones Unidas—ambas concebidas según los viejos ideales occidentales—hay que decir que han estorbado la verdadera unificación al plantear como fundamento del orden internacional un derecho inexistente y al equiparar las naciones históricas e indiscutiblemente legítimas con unidades geográficas o políticas que lo son mucho menos. Además, son algo menos que aleccionadores los fracasos, para no decir las insensateces, de ambos órganos internacionales. Por eso decía Ortega en 1949: «...no puede esperarse remedio alguno de la Socie-

[10] *Obras,* IX, 699.

[11] Charles de Gaulle lanzó la expresión «l'Europe des patries», que superficialmente parece coincidir con el deseo de Ortega de conservar las culturas dentro de la gran federación europea. Pero sólo es una coincidencia verbal; las directrices del Gobierno de De Gaulle eran de pura estirpe nacionalista.

[12] *Obras,* IX, 743.

dad de Naciones—o de la O. N. U.—según lo que fue y sigue siendo, instituto antihistórico que un maldiciente podría suponer inventado en un club cuyos miembros principalmente fuesen míster Pickwick, monsieur Homais y congéneres» [13].

En realidad, la nota predominante de Europa durante los últimos años ha sido precisamente la insolidaridad frente a los problemas. Basta la falta de una política coherente, es decir, europea, ante la extorsión de los países petrolíferos para ver que Europa ha experimentado el deterioro de una serie de posibilidades fabulosas. Se puede decir—y efectivamente lo ha dicho Julián Marías—que «la inexistencia de un poder europeo unitario es, literalmente, la impotencia de Europa» [14]. Y al no realizarse la unificación en su hora, no es probable que se realice ahora que las condiciones han cambiado radicalmente dentro y fuera de Europa. Europa ya no basta, ni siquiera la imagen de una Europa unida. Desde la Segunda Guerra Mundial, la llamada «Europa libre» (precisamente la Europa de Ortega) queda referida, quiérase o no, a la influencia americana, como la Europa oriental ha ingresado en la esfera soviética. Dejo intacto el problema de si el comunismo es ajeno al espíritu europeo o si es más bien otra dimensión del viejo imperialismo europeo que sigue conquistando mundos. Caben ambos puntos de vista [15].

Desde luego, la posible vinculación interna de la Europa occidental y América no coincide con lo que dice Ortega sobre su estructura, pero al mismo tiempo posibilita la consideración de otros conceptos planteados según los moldes orteguianos. Las consecuencias del modo de pensar orteguiano no siempre coinciden con lo que dice Ortega; ni deben hacerlo, ya que Ortega mismo pone como algo aceptable y hasta deseable la superación de su pensamiento.

Fiel a los supuestos orteguianos, Julián Marías ha podido elaborar una teoría del Occidente que supera la última visión algo pesimista de Ortega. De acuerdo con Marías, lejos de formar un mundo aparte, América se presenta como otra dimensión del Occidente: «La vinculación de América a Occidente es, simplemente, su propia realidad; fuera de él no tiene ninguna, y sólo puede encontrar su falsificación y decadencia. Pero esto no implica la subordinación respecto de Europa, sino coordinación,

---

[13] *Obras*, IX, 305.

[14] «Soberanía compartida», *La Vanguardia Española* (30 de enero de 1974), 12.

[15] Puede que no se trate del triunfo absoluto de una u otra ideología dentro del ámbito europeo. Según Eugen Rosenstock-Huessy: «It is a fact, though an incredible one to the superficial democrat, that Mr. Everyman is by no means necessarily on the side of democracy in these processes of political infection. Dictatops or monarchs have supporters quite as ready and quite as devout, when the time is ripe. 'Democracy' has no surer approach to the masses of men than the other three forms of government [monarchy, aristocracy, and dictatorship]. Each form seems, strangely enough, to express a popular longing. The German civil law, the English Common Law, the French laws of nature, the Russian laws of Lenin, were all welcomed with fierce enthusiasm» *(Out of Revolution: Autobiography of Western Man* [New York, 1938; Norwich, Vt., 1969], pág. 479).

o mejor aún, integración. Europa y América son los dos lóbulos inconfundibles e inseparables de una única realidad histórico-social que es el mundo occidental» [16].

Según Henry Fairlie, una diferencia fundamental entre Marías y Ortega frente a América es que mientras éste ignora prácticamente la sociedad americana, aquél la conoce bien [17]. Tanto Ortega como Marías creen que el Occidente existe en cuanto algo inacabado, en cuanto proyecto que provoca el entusiasmo de los hombres. Pero si en otros tiempos al norte de Europa—*Germania*—funcionaba, como lo señala Ortega, como *hinterland,* donde la vieja cultura grecorromana supo lograr nuevos e inauditos triunfos, ahora lo es América de la cultura occidental. Es tanta la insistencia de Marías en la realidad americana, que cabe hablar del «segundo descubrimiento de América»—y por casualidad hecho también desde España.

Sería, pues, una paradoja digna de Ortega el que parezca no haber abarcado intelectualmente todas las dimensiones occidentales. A nuestro parecer, Ortega exhibe, a pesar suyo sin duda, ciertos síntomas de la xenofobia tan evidente desde varios decenios. Su recelo frente a América no dista mucho del desdén con que algunos intelectuales actuales o recientes tratan—o más bien pasan por alto—los temas americanos. Hace tiempo que América tiene mala prensa, y entre ciertos círculos intelectuales (incluso los americanos, desde luego) constituye casi una indecencia hablar bien de los Estados Unidos.

Sin embargo, el verdadero espíritu europeo nunca ha podido restringirse sólo a Europa. Uno de los principios de éste (al lado de su pluralismo) ha sido el afán por superarse, por no limitarse a lo sido, a lo que se llama quizá equivocadamente «la historia». De ahí el frecuente entusiasmo por otras culturas, incluso los primitivas. No por casualidad sino por el más puro europeísmo se entusiasmaron los pensadores del siglo XVIII—Tocqueville, Burke—de América. En realidad, no era nada extraño tal entusiasmo, porque América fue creación europea. Los principios de su civilización habían sido el patrimonio común de la intelectualidad europea mucho antes de concretarse en el suelo americano. Pero no es cuestión de una vinculación nostálgica e inactual. América, que Marías ha llamado alguna vez «la proa» del Occidente, sigue necesitando a Europa. Dice Ortega que Europa es una altura ideal, un punto de vista. Pero falta decir que es un punto de vista inteligente. Marías dice que Europa es la inteligencia misma, porque a lo largo de su historia no ha podido ser otra cosa. Ahora bien, América suele ser sumamente creadora sin ser demasiado inteligente; y por eso sigue nutriéndose de Europa, a

[16] «¿Dónde está América?», *La Vanguardia Española* (24 de febrero de 1974), 15.
[17] Véase *op. cit.*, págs. 75-76.

veces de una Europa que ya no existe salvo en líneas irreales y formas deficientes.

Se ha hablado demasiado sin duda de las diferencias, de los problemas y de las antipatías que debilitan la realidad occidental, pero al mismo tiempo se ha pensado insuficientemente tal vez en esa misma realidad. Con dolorosa frecuencia los intelectuales han faltado a su misión de inteligencia. (No fue otra la idea de Ortega en su *La rebelión de las masas,* y sería un tema apasionante hacer un análisis del Occidente de hoy según las mismas premisas.) Y con eso hemos llegado tal vez al verdadero legado de Ortega, el cual no consiste en la visión ya malograda de la unificación europea, cuya realización significaría la mengua del futuro europeo. Lo que nos queda de Ortega en este sentido es precisamente el afán intelectual de soluciones adecuadas a nuestros problemas, es decir, *otros* problemas. Para nosotros ya no es cuestión de preferir o menospreciar uno u otro hemisferio, sino de no renunciar a esa empresa gigantesca que se llama Occidente. Para decirlo de otra manera, modificando para nuestros fines una expresión de Julián Marías, ¿no sería mejor dejar de hablar de la Europa que pudo ser para pensar un poco en el Occidente que podrá ser? [18].—*HAROLD RALEY (Oklahoma State University. STILLWATER, Oklahoma, 74074. EE. UU.).*

SAMUEL RAMOS: INFLUENCIA DE ADLER Y JUNG EN SU ESTUDIO SOBRE EL CARACTER DEL MEXICANO

Es preciso hacer una aclaración previa a fin de señalar el propósito y fijar los límites de este estudio. El texto que nos servirá de base es el ensayo del mexicano Samuel Ramos titulado *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934). Nuestra intención es estudiar el enfoque novedoso que Ramos da al carácter del hombre mexicano valiéndose de las aportaciones teóricas que Adler y Jung han hecho a la psicología moderna. En la primera parte de este estudio haremos un comentario de carácter general sobre los acontecimientos político-culturales anteriores a la publicación del libro de Ramos. Así procuraremos hacer patente la importancia del esfuerzo ensayístico del autor dentro de su contexto histórico.

[18] En el prólogo de su último libro dice: «Para no tener que considerar con melancolía, una vez más, 'la España que pudo ser', intento poner en claro *la España que podrá ser*» *(La España real* [Madrid, 1976], 10).